

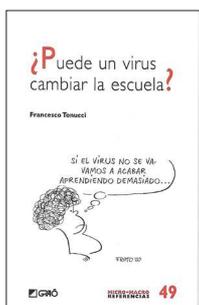


Había que inventarlas a medida que la pandemia se cebaba con nosotros sin casi darnos tregua. Fueron saliendo muchas para chicos pequeños y mayores y las que traemos aquí son estupendas

1 ¿Puede un virus cambiar la escuela?

Francesco Tonucci (Frato) [Graó, B. 2020]

Alfonso Díez Prieto (SA)



Como dice el autor, se nota que ha escrito deprisa, “casi en tiempo real, mientras se sucedían los hechos”. Efectivamente hay un apresurado afán por contar, so pena de perderse, lo ocurrido durante el confinamiento

del COVID-19, entre marzo y junio de 2020, como si hiciera una precipitada crónica periodística. No había tiempo que perder, pues el maldito virus ha sacado a relucir no sólo las deficiencias del sistema sanitario – antes tan elogiado – y del económico y productivo, sino también del educativo, de la escuela, cuyas carencias revela junto a la necesidad de cambios importantes para sacarla de su ensimismamiento. Había que actuar y ponerse manos a la obra, solicitado por medios de comunicación de varios países. El confinamiento en casa pedía hacer otra escuela alternativa a esta empeñada en repetir a domicilio lo mismo que en el aula. Las circunstancias obligan a cambiar el currículo. Tonucci cita a Albert Einstein: «No pretendamos que las cosas cambien si siempre hacemos lo mismo. La crisis es la mejor bendición que puede sucederle a personas y países, porque la crisis trae progresos». La escuela tiene la gran oportunidad de adaptarse a las circunstancias y no seguir como si no pasara nada.

Mantener *on line* los programas de cada materia, cuando muchos alumnos ni siquiera tienen ordenador o internet para realizar en casa las tareas de la escuela e implicar a padres que no pueden ni están preparados para ayudar a sus hijos ni tienen los medios necesarios es una locura. Tan frustrante como intentar recuperar el tiempo y los contenidos escolares

pendientes. Solo saldrán beneficiados los de más y mejores recursos.

En cambio, se pierde una gran ocasión para aprender otras cosas importantes para los **niños** y, aquí sí, con la participación de toda la familia. El libro propone una interesante variedad de actividades familiares complementarias con las escolares y de indudable poder pedagógico.

Se trata de construir “una nueva escuela aprovechando el coronavirus” (p.42) a partir de lo que los niños quieren, necesitan y sienten; o sea, contando con ellos, como insiste Tonucci, para que no pase lo que afirma certeramente un niño argentino: “La cuarentena nos ha quitado lo mejor de la escuela y nos ha dejado lo peor: los deberes” (p.13). Veamos:

- 1. La casa como taller y laboratorio:** cocinar, pelar, amasar o elaborar salsas sencillas mezclando algunos ingredientes, hacer bocadillos, clasificar los alimentos. Arreglar enchufes, grifos o aparatos averiados de fácil solución o, simplemente, ver cómo funcionan. Aprender a usar los electrodomésticos (lavadora, cocina, lavavajillas, frigorífico, plancha, etc.). Pintar, decorar y abrir la caja de herramientas y ver para qué sirve cada una.
- 2. El juego:** gran ocasión para disfrutar en familia juegos colectivos (ajedrez, damas, puzzles, rompecabezas, mecanos...), lecturas comunes, dramatizaciones, cuentacuentos, poesías, trabalenguas, canciones... Disponer de tiempo y espacio personales para estar y jugar a solas y respetar la intimidad personal.
- 3. Autonomía y responsabilidad en el hogar:** explorar la casa, las habitaciones y demás dependencias. Colaborar en las tareas domésticas: hacer la cama, ventilar, limpiar, fregar, reciclar y bajar la basura. Planchar, cepillar, ayudar a hacer la colada. Ordenar las pertenencias personales (ropa, zapatos,

juguetes, libros, apuntes, recuerdos, fotografías, etc.). Discutir y elaborar juntos normas sencillas para organizar y revisar la convivencia: horarios, planificación y distribución de actividades.

4. El mundo que entra en casa: ver y comentar juntos las noticias de la televisión, la radio, los periódicos, revistas o libros, internet, móvil, películas, documentales, musicales, concursos, determinados programas, etc.

5.- Aplicar lo que se aprende en la escuela: leer y buscar información en enciclopedias, libros, diccionarios o en internet (si se tiene). Realizar lecturas en voz alta y dramatizaciones divertidas de relatos, cuentos, novelas. Dibujar, pintar, modelar y otras actividades artísticas y creativas. Realizar cálculos matemáticos midiendo y pesando magnitudes del propio hogar (longitud, superficie y volumen de las habitaciones, mesas, armarios y cajones; la capacidad de los envases o recipientes comunes, como vasos, jarras, botellas, cazuelas, ollas, garrafas o la bañera; el peso de alimentos o de objetos, etc.). Repasar los tiques de la compra y leer e interpretar las etiquetas de productos alimenticios, su composición y porcentajes; o los manuales de instrucciones

de los aparatos, etc., etc. Dibujar los planos de la casa, de la propia habitación, cocina, sala de estar, etc. Practicar un idioma extranjero con vídeos, audiciones, diálogos, canciones, etc., o un instrumento musical.

6.- Los maestros pueden leer y evaluar – sin notas – lo que voluntariamente escriban los niños sobre estas experiencias en diarios o cuadernos, como recomienda Tonucci. Así podrán conocer mejor a sus alumnos, saber lo que han hecho y aprendido y cómo era la convivencia familiar, los problemas o dificultades que han surgido, los momentos más divertidos, polémicos o entrañables. Es muy importante conocer cómo han utilizado los conocimientos de lengua, matemáticas, geografía, historia, naturaleza o idiomas.

Esta es sin duda una opción diferente, optimista y esperanzadora en el tiempo de crisis que nos toca afrontar. No será tiempo perdido, como piensan o temen muchos padres, profesores y políticos, sino muy bien ganado. Gracias a la culpa del virus los niños pueden aprender demasiado, como dice la viñeta de Frato en la portada, y puede que hasta los adultos. *No hay mal que por bien no venga.*

